

las décimas y (aun) otras que habrían podido añadir vanos matemáticos y la ciega visión de los filósofos vulgares».

Como tantos personajes de Borges o como Randolph Carter, infatigable buscador de la desconocida ciudad de Kadath, Bruno supo que el mundo era la visión que una sola palabra podría guardar, un determinado cruce de pasillos en los vastos recintos de su memoria. También un círculo, un triángulo o la palabra *bruno*, pues el mundo es uno e inmóvil y no admite algo que lo contenga o piense si no es un mero jeroglífico o mágico vocablo que, en parte por azar y en parte por lenta maestría, el sabio ha conseguido atesorar en su alma. Por eso, el saber de Bruno y nuestro saber de Bruno sabrán ser hijos de la misma madre. El mérito del traductor y, más aún, compilador y comentarista de este excelente libro (1) de y sobre el nolano, Ignacio Gómez de Liaño, consiste en haber confiado su esfuerzo a la erudición, y precisamente esta nota debería ser una alabanza de la erudición, de ésta y de cualesquiera otras.

Confundir, como a menudo ocurre, academia y erudición es, si no algo detestable, estúpido al menos. Dejemos a un lado la evidente erudición de Bruno o, mejor, su impío proyecto de convertir el saber en erudición. En un siglo condenado a la aglomeración sin tino de saberes dispares o disparates, la erudición es escarnio y el erudito un bicho raro. Se supone que el hombre que consume y reduce a cenizas su vida fatigando libros inútiles (inútiles porque ya está consumada su adjudicación a un capítulo de la historia de la filosofía) es un insensato. También se supone que el puntual saber de la vida y milagros de hombres reducidos ahora a cenizas o dar cuenta muy cumplida de esta o

aquella palabra mundana y atroz, es cosa de romanos, que no de cristianos y cuanto menos de amigos de la ciencia. La erudición, pues, está desprestigiada, y su amor a la palabra dada se ve usurpado por el odio académico a la escritura; odio, por cierto, hábilmente falseado.

Leer a Bruno es una búsqueda difícil de los secretos de la palabra, cifra del mundo, y una pasión por la sabiduría que sólo en la memoria se deleita en compañía de las maravillas que el viajero vio y oyó. Históricamente, el abandono de las tareas eruditas y de las manías del bibliófilo y del coleccionista, ha coincidido con la articulación positiva de los saberes en condominios dudosos con lo natural. Los saberes divididos y fuera de los ámbitos mágicos de la memoria no pueden subsistir sino en ese fantasmal tras mundo de los objetos animados o máquinas de gojear que fascina a nuestros modestos magos y a nuestros torpes señores del lenguaje. El saber del sabio erudito no quiere nada con los supuestos saberes de lo parcial, vendidos ya y siempre a la evidencia de la finitud y soledad en compañía de lo que no será nunca uno; ni tampoco administra sus amores en las supuestas delicias de una trabajosa posesión de las cosas. Bruno enseñó, como primer e infantil precepto del aprendiz de mago, que el universo es el espejo en que turbiamente se reflejan las palabras de un dios. El sabio pule ese infinito cristal y en él se mira con asombro, y sabe entonces que su imagen es, precisamente, ese mismo cristal, o bien que no cabe la esperanza en el futuro reino de Dios sobre la Tierra, sólo el pacto con signos o sellos encontrados por doquier. «Magia de los desesperados» llama a la de aquellos «que para su uso hacen vasos de demonios malignos, a los que conjuran mediante el Arte Notoria».

Nada se debe desear; todo, incluso lo que nos pierde (pues si,

como se cuenta en «El diablillo de la botella», de Stevenson, los demonios encerrados hacen maravillas, son éstas cada vez más temibles), es un preciado bien en la memoria, esto es, umbral de esa suprema Arte Mágica de perseverar en el ser que Spinoza imaginó. En efecto, aunque desde Schelling ha pasado Bruno por un filósofo de los misterios, nada hay en su teología imposible y delirante que nos permita considerarle en tratos con dudosos consuelos para los que querían un infierno más llevadero. Cual los griegos hermosos, más quiso el nolano la plenitud del hambre y la sed satisfechos, hora de los héroes y desolación de la bestia vencedora, que la salvación de su alma.

Y baste ya con lo escrito y esto otro: leer a Giordano Bruno es ser huésped de su palabra, según bien dice Ignacio Gómez de Liaño, pero no de los que esperan que la tela quede ya y definitivamente urdida, sino de los que lanzan su anzuelo y su sedal entre la trama, mas no para obtener el justo pez, sino para mantener las aguas a distancia. ■ ANGEL GONZALEZ GARCIA.



Viejas caras, nuevos sonidos

En el mundo del «rock» también los músicos son reciclados. Revisando las contrapartidas de cuatro LPs recientemente aparecidos, he encontrado los nombres de varios miembros de Ultimate Spinach, Bead Game, Cyrus Erie, James Gang, Left Banke, Choir, Amboy Dukes y otros grupos americanos de los años sesenta no demasiado brillantes. Por contraste, estos LPs

pertenecen a cuatro bandas verdaderamente notables que representan diversas tendencias en el «mainstream» del «rock» actual. Todos exhiben un perfecto dominio del formato básico del género y no han dejado mi tocadiscos en las últimas semanas.

Un grupo que ha extraído su nombre de las páginas del «Naked Lunch», de William Burroughs, no puede ser sino algo especial. *Steely Dan* lo son. Su «Countdown to ecstasy» (Probe J 062-94640) es más directo que el primer álbum, pero igualmente diverso y sofisticado en su construcción; la base del grupo siguen siendo las composiciones de Donald Fagen y Walter Becker, cada una de las cuales está tratada como un proyecto singular. Su inteligente utilización de todos los recursos estilísticos de la música popular hace que los discos de *Steely Dan* suenen quizá demasiado sintéticos, lo que vendría a demostrar que no se puede vivir en Los Angeles sin impregnarse de la atmósfera de la ciudad. Pero es difícil resistirse a temas tan excepcionales como «Show biz kids», «Bodhisattva» y «My old school», que, a pesar de su larga duración, están desarrollados sin que se agoten las ideas o el entusiasmo.

«The Smoker You Drink, The Player You Get» (Probe J 062-94571) es el intrigante título del LP de *Joe Walsh & Barnstorm*. Para los que conozcan la reputación de Walsh como guitarrista estrella, puede ser una sorpresa encontrarle en un grupo en el cual cada miembro es una pieza esencial. Su música es relajada y rica en contrastes, haciendo uso frecuente de sintetizadores y demostrando en más de un momento —igualmente que *Steely Dan*— influencia de la música latina. Bill Szymczyk ha colaborado con Walsh para crear uno de los álbumes mejor producidos de los últimos tiempos, que descubre nuevas facetas cada vez que se escucha.

Los *Raspberries* no poseen una personalidad tan definida como los anteriores. Sus dos primeros LPs mostraban a un cuarteto de chicos muy aseados y vestidos con trajes idénticos que estaban empeñados en capturar la imagen y la música de los Beatles de la primera época. Decididos a demostrar que son algo más que un sustitutivo blando de los «muchachos de Liverpool», en «Side 3» (Capitol J 064-81506) han ampliado su base de referencias a los Who, Small Faces y otros grupos ingleses de la mitad de los años sesenta. Es una sorpresa descubrir que los *Raspberries* saben tocar «rock» fuerte y temas como «Ecstasy», «Tonight» o «I'm a rocker» deleitarán a cualquiera que haya crecido durante la era dorada del «pop» inglés.

Si alguien recuerda a Left Banke y los temas que Michael Brown escribió para ellos («Pretty Ballerina» y «Walk away Renee») fueron los más difundidos, no tendrá dificultad en reconocerlos en la música de *Stories: «About us»* (Kama Sutra 23 19 035) contiene diez de sus espléndidas miniaturas. Brown ha compuesto algunas de las melodías más bellas y delicadas del «rock», pero su talento es más evidente en el eclecticismo de sus ingeniosos arreglos: «Circles», «Words», «Hey France», «Love is in motion» reflejan su voracidad por los sonidos más dispares. «About us» también incluye un «blues» insignificante que describe los sufrimientos de los músicos en el estudio de grabación y un excelente tema del excelente guitarrista de la banda; la versión española del LP cuenta además con su versión de «Brother Louie», uno de los mejores «singles» de 1973, con el cantante y letrista Ian Lloyd demostrando que podría pasar por el hermano menor de Rod Stewart. Michael Brown ha abandonado recientemente el grupo —se habla de la deterioración de su salud mental y de sus inten-

tos de reducir la banda a un vehículo de su música exclusivamente— y esta es la última oportunidad de escucharle con *Stories*. ■ DIEGO A. MANRIQUE.

CINE

Engaños, engaños, engaños...

Treinta y cinco minutos de proyección faltan a la copia que se exhibe en Madrid de «La clase dirigente» con respecto a la que se presentó en el Festival de Cannes de hace dos años. Las mutilaciones afectan sobre todo a la primera parte del film —es decir, antes de la transformación del personaje de Peter O'Toole en ser «normal», eliminando un buen porcentaje de los elementos religiosos inherentes a la esquizofrenia del XIV conde de Gurney. La secuencia más detonante de la película (que servía incluso de cartel publicitario) era aquella en que O'Toole se subía a una cruz de madera para efectuar una larga meditación. Porque no es que tal aristócrata enloquecido se crea «El Amor», como oímos a través del doblaje español que acentúa unos diálogos «hippies» en detrimento de los religiosos, sino que abiertamente se toma a sí mismo como Jesucristo, y cuando pide que no le llamen por su nombre de pila, lo que desea es ser conocido familiarmente por las iniciales J. C. En la secuencia del enfrentamiento entre O'Toole y «El Mesías de Alta Tensión» provocado por el psiquiatra doctor Herder, el espectador atento puede apreciar una enorme cruz de madera que —de repente para los españoles y sin ninguna justificación— ha aparecido en el salón

(1) Giordano Bruno, «Mundo, magia, memoria». Taurus, 1973. Madrid.